

lor. De pie, junto á él, apoyándose en la columnilla de la plataforma, estaba un pinche de fonda que llevaba en una cesta descubierta cuatro cabritos crudos, frescos y colorados que daban ganas de comerlos. En un momento dado, una sacudida brusca de la jardinera hizo perder el equilibrio al muchacho, volcóse el cesto y los cabritos rodaron por el suelo; no se puede describir la desolación que invadió el ánimo del buen Giors al ver aquello, y durante más de un kilómetro seguido lamentó la «desgracia» meneando tristemente la cabeza. Y como si aquello hubiese despertado en él una serie de pensamientos tristes, me contó otras «desgracias» parecidas, de las cuales había sido espectador y de las que no se había consolado todavía: Una señora anciana que venía del campo, bajando mal del coche, había caído juntamente con un cestillo lleno de huevos que formaron un lago, del cual la habían sacado en un estado deplorable. ¡Eran unos huevos fresquíssimos que despedían un olor delicioso! Un estúpido hortelano, otra vez, había puesto en el extremo de uno de los bancos un cesto lleno de perfumadas fresas que á cada sacudida caían á puñados al suelo, de donde las recogían prestamente un vuelo de gorriones que seguían el tranvía, armando un guirigay endiablado... ¡Cuando advirtió el hortelano el saqueo, no quedaba una fresa en el cesto! Por último, á una muchachilla, en el momento en que el tranvía paraba en la plaza del Estatuto, se le había resbalado de la plataforma un tazón de sopa que había ido á comprar para su padre, y le dió tanta pena ver á aquella pobre chiquilla arrojada en el suelo queriendo recoger, sollozando,

las pastas, que entre él y el cobrador hicieron una suscripción, poniendo cada uno diez céntimos para que la niña pudiese comprar de nuevo la sopa. —En cuanto á mí,—me dijo con sonrisa triunfante,—no me ha ocurrido nunca un desastre parecido, ni aun cuando sólo tenía un palmo de estatura; el apetito me ha hecho estar siempre en guardia; le aseguro que no se me ha caído jamás de la mano ni una migaja de pan.—¡Simpático Giors! Me parece que es un hombre que no ha podido comer jamás todo cuanto ha querido. La vista de las mesas de restaurant y de hostería preparadas en las aceras en pleno aire, le daban esta mañana un apetito feroz y voluptuoso.—¡Ah!—exclamaba mirán道les al paso;—con qué gusto me sentaría ahí!—Y se comprende que al sentarse á una mesa, para el que no se sienta nunca, sea un ideal epicúreo, un deseo de millonario, el *non plus ultra* de los sufrimientos de la vida. Y confesándome que estaba dispuesto á comer á cualquier hora del día, se rió; diciendo que trescientas veces al año, por lo menos, almuerza sobre sus propias rodillas, y reía, reía asegurándome que se había quitado el pan de la boca para darlo á una pobre muchacha. ¡Ah, cuán bueno era sin saberlo y cuánta satisfacción me causaba su risa!

\*  
\*

Un trayecto verdaderamente memorable, pero que quisiera olvidar, fué el que hice en la línea del Foro Boario. Llegaba yo de extramuros. Era una mañana encantadora. Apenas había arrancado el tranvía, cuando se paró ante la puerta de la cár-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

cel, donde subieron, acompañados de dos agentes de policía, seis jóvenes pálidos y mal trajeados, llevando cada uno de ellos un envoltorio bajo el brazo. Eran seis presos puestos en libertad, que los guardias conducían á la Cuestura central, donde debían recibir la definitiva orden de libertad. No fué preciso que me lo dijera el conductor; lo comprendí en el mismo momento en que subieron, por el modo de volver la mirada alrededor suyo, posándola sobre los árboles floridos, sobre el paseo inundado de sol y sobre los transeuntes, bebiendo, con la boca abierta y las narices dilatadas, el aire húmedo de libertad, que ponía llamas en sus ojos y hacía correr por los músculos de sus rostros estremecimientos de placer, á pesar de los visibles esfuerzos que hacían para disimular la renaciente embriaguez de la vida. Al desembocar el tranvía en la carrera Vinzaglio, y después en la carrera Oporto, al ver por todas partes las avenidas llenas de verduras, de palacetes y de pórticos, á la vista de los Alpes y de las colinas, volvieron la cabeza aquí y allí, con un movimiento de grave estupor, como si á cada revuelta se derrumbara un muro de la cárcel, de la cual no había salido por completo su alma, y miraban ansiosamente cada pasajero que subía, con el mismo gesto que durante mucho tiempo habían hecho al ver en la rejilla de su calabozo el rostro de una persona desconocida que les miraba. Observaba maravillado que, disipada la primera embriaguez, su rostro iba obscureciéndose con la sombra de un desengaño, como si la hora tan deseada no cumpliera todas las promesas que les hiciera su fantasía, y les recordara de le-

jos las tristezas de la prisión. En el momento en que atravesábamos la carrera de Humberto, un espectáculo, más extraño todavía, distrajo mi atención. Pasaba una jardinera de la línea de San Segundo llena por completo de monjas del hospital Mauriciano, algo así como medio convento en coche; veinte figuras grises y blancas, inmóviles y silenciosas, que pasaban rápidamente por la curva, vistas todas de perfil, con la frente baja y los brazos cruzados, como otras tantas estatuas de la Meditación, y que, al dar la vuelta á la calle de Oporto, parecieron únicamente veinte velos negros, ondeando en el aire, cual si huyeran juntos [de una tentación diabólica.

Los que salían de la cárcel bajaron en la esquina de la calle Alfieri y el tranvía prosiguió por la de Santa Teresa. Estábamos á pocos pasos del cruce, cuando ví á lo lejos que en la calle del Veinte de Septiembre, se había formado un gran grupo de gente que la llenaba de una acera á otra. Me volví para preguntar al cobrador:

—¿Qué sucede?

Estaba pálido. Había ya comprendido lo que ocurría. El cochero refrenó los caballos que tiraron despacio. Al llegar junto á la multitud, paramos. Algunas personas se acercaron. El tranvía precedente había aplastado á un muchacho de cinco años, un pobre huérfano que una mendiga llevaba consigo para que tendiera la mano á los transeuntes. Se le había escapado para atravesar la calle en el mismo momento en que llegaban los caballos; las ruedas de la jardinera le pasaron sobre el cuerpo; había muerto en el acto; metieron el cadáver

en el portal de una casa vecina y la multitud lo rodeaba. Había gran número de curiosos junto al cochero, que había saltado, dejando las riendas al cobrador, que proseguía la marcha. Entre la inmensa muchedumbre, sobre aquellas cabezas ondeantes, advertíanse los dos kepis de la guardia municipal y el de un carabinero, y al lado de éste, la gorra galoneada del desgraciado cochero, echada hacia atrás y que dejaba escapar mechones de pelo gris. Durante un momento parecióme su rostro blanco y convulso, con la boca abierta. Después desapareció. Hablaba y gesticulaba: pero el murmullo de la multitud cubría su voz. Vi sus manos agitarse convulsas; llegóme á los oídos un ¡juro! ronco como el grito de un herido. De repente la multitud abrió sus filas, y el cochero, entre dos guardias, avanzó; pero apenas había dado dos pasos, paróse y, alzando la mano como un sacerdote en el altar, volviendo hacia la multitud los ojos llorosos y horrorizados que ya no veían, gritó con voz sofocada:

—¡Juro por el alma de mi padre y de mi madre, juro que no le he visto!

Luego, echó á andar de nuevo, y la multitud le ocultó entre sus oleadas. Nuestro carruaje partió de nuevo.

¿Qué fuerza me impulsó á apartar los ojos de la mano del cobrador, que escribía, y á volverlos hacia tierra, hacia las ruedas? De fijo que no me hubiese sido tan horrible el espectáculo del mísero cuerpecito destrozado como me lo fué el de su pobre sangre derramada entre los carriles; mancha horrible, como si algo de ella viviese y sufriese todavía é implorase socorro desde el fondo de su tumba. Fuéme pre-

ciso bajar, experimentando súbito horror, de aquel coche, como si fuese yo un cómplice de aquel estrago. Aparecióseme el tranvía como una máquina siniestra encargada de asesinar chiquillos. No me sirvió de nada huir. A lo largo de la calle seguía oyendo continuamente aquel grito sollozante:

—Juro, juro por el alma de mi padre y de mi madre...

Aquel grito desolado, suplicante, solemne, parecía llevar dentro de sí mismo otro sutilísimo, el de la voz de la sangre derramada que pedía piedad para él con acento de ruego infantil. Y durante varios días no escribí; no pude subir á un tranvía sin un sentimiento de repulsión, como si todos tuviesen las ruedas ensangrentadas. ¡Ay! ¿es verdad, pues, que hasta la vida civil, como la creación, es una rueda terrible que no puede girar sin triturar huesos y corazones, y que el hombre está destinado á esparcir sangre por los siglos de los siglos?

\*  
\* \*

Siempre me ha pasmado la asombrosa futilidad de que dan prueba los hombres, no tanto precisamente porque se ocupen en tratar de las cosas más nimias que nada les importan, cuanto porque dan gran prueba de ella, cuando para probar, quizás, que saben substraerse á las preocupaciones que invaden su espíritu, barajan los más graves acontecimientos con los hechos que ninguna importancia tienen, dándosela mucho mayor á éstos que aquéllos. Dos caballeros que estaban sentados en el pri-

mer banco del tranvía, y de los cuales no podía ver yo las caras, tenían esta mañana cada uno un periódico en la mano y discutían vivamente. Habían leído un momento antes la primera noticia de la batalla de Turcuf. Era de suponer que hablaban de la victoria que había hecho caer Cassala en poder de las tropas italianas. De pronto, y sin saber por qué, empezaban á discutir sobre el color del farol que indica el último viaje del tranvía de Martinetto:

—Le digo que es blanco; lo he visto cien veces.

—De fijo que lo confunde con el del último viaje de la línea Vinzaglio.

Por la voz reconocí á mi buen «tranviófilo» al amigo de Giors, esferoidal, como siempre, y gran partidario de la Compañía Belga.

El mismo buen señor, continuó:

—El farol del último coche del Martinetto es rojo. Verde durante toda la noche, rojo en el último viaje.

— Verde toda la noche,—contestó el otro;—lo he visto muchas veces; pero durante el último viaje es blanco.

—Es imposible.

—¿Quiere usted desmentirme?

—Es usted quien me desmiente, y perdone. Vamos ¿quiere hacer una prueba? ¡Cobrador!

Este se acercó, y después de oír lo que preguntaban, contestó gravemente:

—Es blanco.

El otro quería argüir todavía; pero el «tranviófilo» triunfante, le cortó la palabra.

—¿Me lo querrá decir á mí, que conozco todos los

colores, hasta los de la Turinesa? Es blanco el último de Niza; blanco el de Borgonuovo; verde el de San Segundo; rojo el de Foro Boario; blanco el de San Silverio; rojo el de Vanchiglia...

Bajo aquel alud de erudición tranviesca, su adversario inclinó la cabeza y no contestó una palabra.

El tranviófilo calló durante unos momentos y después añadió:

—Y blanco el último de los paseos.

Aquello fué el golpe de gracia.

Afirmada así su victoria, fijó de nuevo sus ojos en aquel diario que tenía abierto sobre las rodillas, y volviéndose hacia mí, con el rostro regocijado del que pasa de un asunto grave á otro que recrea el espíritu:

—¡Ochocientos muertos!—exclamó sonriendo;— ¡magnífica jornada! Ahora estarán tranquilos por algún tiempo.

\*  
\*\*

Acabo de librarme de un grave peligro y he presenciado una escena curiosa.

Apenas me reconoció desde el extremo opuesto de la jardinera llena de gente, y vió que á mi lado había un sitio vacío, el hombre despiadado sonrió con complacencia feroz, y subido sobre el estribo, agarrándose á los montantes, avanzó hacia mí, como avanza la araña sobre su tela para arrojarse sobre una víctima. Comprendí de golpe que iba armado de un soneto, dispuesto á disparármelo en mitad del corazón, y temblé. Pero en aquel punto subió de un salto á la jardinera, á mi lado mismo,

un oficial de *bersaglieri*, que ocupó el sitio que el malvado miraba, y éste tuvo que volver á su puesto sin haber soltado sus estrofas. Ví que se estremecía de ira; pero él mismo se distrajo bien pronto, merced á un acontecimiento cómico. Subió por la plataforma delantera un caballero, que, lanzando una mirada hacia el último banco, reconoció á un amigo suyo á quien no había visto hacia mucho tiempo, y después de haberle saludado con gran efusión, empezó á discurrir en voz alta con él: éste contestó en el mismo tono, sin cuidarse para nada de los treinta pasajeros que les miraban á ambos y les escuchaban con gran estupor. Pertenecían los dos á esa categoría bastante numerosa de originales, á los que falta un sentimiento que se podría llamar pudor social y que gozan de la singular facultad de hacer padecer á los otros por su cuenta.

—¿Tú en Turín? ¿y desde cuándo?

—He llegado esta mañana.

—¿Y cuándo marchas?

—Esta noche; tengo *billete de ida y vuelta*.

—¡Ah! pillastre. Debiste escribirme. ¿Y Gabriela?

—Muy bien. ¿Y en tu casa?

—Todos buenos. Gustavo ha ido á Génova.

—Ya me lo escribió el abogado. ¿Y el asunto de Troffarello?

—Va siguiendo.

—¡Diablo!

Y de repente, guiñando un ojo, exclamó:

—Dime. ¿y qué sabes de *aquella*?...

—Pues seguimos.

En el carruaje había señoras. Las caras de algunas mamás empezaron á dar muestras de alarma;

pero como en aquel momento bajaron algunos viajeros, pudieron ambos amigos reunirse y hablar en voz baja. Habiendo quedado un sitio vacío junto á mí, me encontré de nuevo expuesto al soneto. Ví que el poeta se preparaba ya para venir á mi lado.

—¡Ah! no, — dije para mi sayo, recordando el suplicio terrible del *Hombre ¿quién eres?*—por segunda vez no vas á torturarme.

Y lanzando un *alto* con voz fuerte, me salvé de las catorce puñaladas con que me amenazaba.

\*  
\*

¡Cuán adecuado sitio es para la coquetería la *carrozza di tutti*, y cuán bien puede estudiarse en ella la potencia del eterno femenino! En la calle María Victoria, subió á la jardinera una hermosa muchacha que atrajo en seguida todas las miradas: pequeña, morena, admirablemente formada, sonriente la boca, y frescas y con hoyuelos las mejillas. Iba vestida con elegancia un poco teatral, pero que agradaba por su misma originalidad. No había visto todavía un arte de coquetería tan varia, tan prolongada, tan diabólicamente refinada. Era una continuidad de ligerísimos, apenas perceptibles, movimientos ondulatorios de la cabeza á los pies, un modo de volver la cabeza y los ojos, de mirar á todos y á ninguno, de provocar y apartar las miradas, un arte de mordiscarse los labios, de abrirlos y cerrarlos, de girar las pupilas, de velarlas y abrillantarlas, fuera cualquier cosa lo que mirara, como si hubiese querido seducir lo inerme, una

mezcla de gentileza, de fingido pudor, de sensualidad, de afectación y de ingenuidad infantil, capaz de hacer caer la pluma de la mano al más afamado descriptor de las mujeres de la nueva escuela. Conquistó el tranvía de buenas á primeras. Todos los pasajeros la miraron con ojos de codicia. De cuando en cuando, hasta el cochero se volvía para mirarla, y un grave guardia municipal, que estaba de pie en la plataforma trasera, fijaba sobre ella una mirada bastante distinta, por cierto, de su mirada de servicio. En la esquina de la calle Rogino hizo parar un viejo general vestido de uniforme, un poco flaco de piernas, acompañado de su ayudante, y en el acto de subir la miró tan fijamente que colocó mal el pie sobre el estribo y tuvo que agarrarse al montante. En cierta ocasión se levantó para correrse un poco hacia la izquierda para hacer sitio á una señora, y en aquel movimiento tan sencillo y rápido, puso tanta gentileza y gracia de paloma y de gata, que relampaguearon, mirándola, los ojos de todos, como si todos hubiesen bebido en aquel instante una copa de benedictino auténtico de los hermanos de Chambery. Lo curioso del caso es que sobre el lugar que ocupaba aquella señorita, pendía del techo un cartelito anunciador en el cual se leía en gruesos caracteres: *Se vende*, y el resto no podía leerse: se trataba de alguna quinta, probablemente. Era ciertamente aquello una calumnia, ó por lo menos podía haber duda á causa del exceso mismo de aquella coquetería, la cual no podría tener otra causa que un instintivo y ardientísimo amor al arte. Bajó en la calle Plana. Las mujeres se vol-

vieron para mirarla con ojos severos, los hombres... de una manera muy distinta.

Y se alejó con la cabeza levemente inclinada, con andar desenvuelto y gracioso al mismo tiempo, mostrándonos todavía su rostro sonriente en el cual resplandecía la conciencia de haber dejado una docena de pasioncillas en el pecho de sus compañeros de viaje de un cuarto de hora.

\*  
\*\*

La tonta vergüenza de ir por la calle con un paquete bajo el brazo me hizo subir al tranvía de Susa para volver á mi casa, y en el mismo tranvía recibí el castigo. Estaban de pie en la plataforma un obrero joven, su mujer y un niño, que no habían encontrado sitio dentro del carruaje. El obrero hablaba al conductor con tono áspero. Le había engañado un amigo que le hizo venir de Vercellese, asegurándole que en Turín encontraría trabajo: pero una vez aquí, no había hallado nada; hacía más de un mes que llamaba inútilmente á todas las puertas; un pariente suyo, acomodado, le negó un pequeño empréstito y no sabía ya cómo arreglárselas. El cochero le aconsejó que se dirigiera á la Cámara del trabajo.

—¡Qué Cámara ni qué ocho cuartos! ¿si no encuentro trabajo yo, me lo han de encontrar los otros?

Y continuó mascullando maldiciones entre dientes. Su hijo, entre tanto, chupándose la punta del dedo, tenía los ojos fijos sobre mi paquete. Lo abrí y le puse en la mano un caramelo, que agarró como si lo robara, y empezó á lamerlo respetuosamente,

sonriendo. Apenas lo advirtió el padre, cuando, volviéndose hacia mí, me miró con ojos torvos, y arrancando el dulce de la mano del niño, antes de que pudiese detenerle el brazo su mujer, lo lanzó en mitad de la calle. Sentí como si el frío de un acero hubiese penetrado hasta mi corazón, y luego una oleada de desdén, un desprecio momentáneo hacia mis nuevas ideas y una invasión de las antiguas, como si en aquel momento mi alma entera reaccionara. Pero duró sólo un momento aquella ira.—¡Ah, miserable!—dije para mí,—basta esto solo para... El hombre volvió á desfogarse con el cochero en voz más baja, y su mujer, al cabo de unos instantes, volvió hacia mí su rostro bondadoso y triste, y me dirigió una mirada que quería decir:—«El pobre, es desgraciado, está irritado... comprendalo usted...» A mi vez contesté también con los ojos:—«Lo comprendo.» Entonces su rostro se alegró un poco y pareció que dijera:—«Perdónele...» Y contesté de nuevo:—«Le he perdonado.»

¡Mentira! No quiero mentir por segunda vez: no le he perdonado aún.

\*  
\*\*

Una aventura más alegre he presenciado esta mañana en la línea del Martinetto. Estaba en la plataforma delantera con Carlín, que se restregaba las manos de gusto al saber que habían llegado tres príncipes abisinios al colegio internacional de Turín, lo cual consideraba casi como un desquite, y á cada momento repetía:—Por lo menos hay tres que tenemos ya entre las uñas. Interrumpió sus expan-

siones un conocido mío que subió en la esquina de la calle de Garibaldi, un obrero latonero que había puesto tienda hacia poco, hombre de unos treinta años, bajo de estatura y muy serio. Era un tipo digno de estudio; un autodidáctico de férrea voluntad que había frecuentado la Universidad en un período de huelga, ocupándose únicamente de las cuestiones económicas y prácticas, acerca de las cuales iba recogiendo notas que apuntaba en gruesos cuadernos; un socialista *sui generis* que no se cuidaba para nada del programa de su partido y que deseaba únicamente algunas reformas parciales que no era posible esperar de las clases directoras y las cuales creía que bastaría para mejorar la condición de sus compañeros. Era un *legalitario*, como se llamaba á sí mismo, que sentía odio por las frases, que despreciaba las jefaturas, tan lúcido y ordenado en sus ideas, y tenaz en el estudio de todas las cuestiones, y en la necesidad que sentía de expresarse claramente, que en pocos años se había convertido en uno de los oradores más persuasivos del partido, y en uno de los hombres más admirados aun por sus correligionarios más cultos. Saludámonos llevando ligeramente la mano al sombrero, y en seguida empezó á hablarme de un opúsculo sobre el *salario mínimo* que estaba concluyendo. Pero cesó de hablar al ver que pasaban por la calle cuatro jovencuelos con esposas en las manos, acompañados por dos guardias municipales. Eran, á juzgar por su aspecto, rateros de bolsillos, dos de los cuales iban decentemente vestidos.

Carlín los juzgó con una sola frase:—Ladrones de guante rojo.

Pero un pasajero, que había subido á la plataforma en aquel momento, un hombre de unos cincuenta años, con aspecto de contramaestre y que olía á aguardiente, expresó un parecer contrario.

—Estamos en 1.º de Mayo,—dijo,—deben de ser socialistas.

Y añadió, dirigiéndose á mí con ademán de simpatía y sonriendo irónicamente:

—*Compañeros... sí, deben ser compañeros.*

Comprendí en el acto lo que pasaba en su mente. Tenía yo el aspecto de un caballero, debía odiar el socialismo; ví que tenía la intención obsequiosa de ganar mi simpatía, diciéndome cosas que me fueran agradables; pertenecía, sin duda, á la familia de los aduladores. Por curiosidad le alenté con una sonrisa, y entonces quiso demostrarme, mejor que antes, que sus opiniones concordaban perfectamente con las que me atribuía.

—¡Qué tonterías! Un hombre que tiene la cabeza en su sitio, un hombre que piensa y que trabaja no debe meterse en más cosas. El mundo será siempre el mismo. A pesar de todas las reformas que se hagan, habrá siempre quien tenga y quien no tenga. Holgar y trabajar: tal es el problema.

Carlín no pudo contenerse.

—Sí,—dijo;—pero á nosotros se nos hace trabajar demasiado.

—En cuanto á eso,—contestó el otro,—ya es otra cuestión.

Pensaba yo que Carlín contestaría que, efectivamente, tal era la cuestión y que no podría resolverse en tanto que unos trabajaran y otros no. Pero pronto comprendí que en su mente, por completo

entregada á la política, la idea de los intereses de su propia corporación estaba separada de las otras como una luz solitaria que brilla entre tinieblas.

El caso es que no supo qué contestar y que el otro continuó sonriéndome con expresión lisonjera.

—¿No es verdad? Buenos están esos hombres que quieren arreglar el mundo y que no saben lo que se pescan... ¡*Compañeros!*

Y añadió sonriendo:

—¡Se llaman compañeros y son únicamente compañeros de locura!

Creí que al oír estas palabras hubiese contestado el latonero; pero al mirarle me extrañó la expresión de su rostro, bien distinta, por cierto, de la que yo esperaba. Miraba al charlatán con una expresión tan sincera, con tan profunda y tranquila conmiseración, que ninguna palabra hubiese podido expresar más claramente su sentimiento.

Se comprendía que en aquel igual suyo, cerrado por completo á las ideas y á las pasiones que habían hecho de él otro hombre, veía casi una criatura de raza inferior; que lo debía considerar como un cristiano de los primeros tiempos consideraba á un pagano, como un compuesto de ignorancia, servilismo y estupidez que no podía excitar siquiera la ira. Pero el adulador, que tenía la intención de acabar de conquistarme, no hizo caso de él y añadió:

—Por lo que á mí toca, en cuanto uno quiere tentarme, le envío á paseo. No quiero acabar como esos *compañeros* que han pasado ahora. Si á ellos les gustan esos arneses que llevan en las manos, á mí no. ¿No tengo razón?



Y sonrió mirándome y esperando sin duda que le felicitara.

Entonces el latonero, que desde hacía un momento meditaba, por lo visto, un golpe de efecto, me dijo de repente:

—¿Se ha enterado de la dimisión de nuestro compañero Barbato?

Contesté que ya lo sabía y que me alegraba de ello, porque me parecía respetable que persistiese en su primera negativa, lo cual demostraba que tenía un corazón honrado, sin ambición, y que estaba convencido por completo de que podía servir mejor la causa de los obreros fuera del Parlamento que desde él.

—Es, sin embargo, una lástima, — contestó el obrero, poniendo un pie en el estribo para bajar, — porque es un buen hombre.

Y en el momento en que me estrechaba la mano, añadió marcando las sílabas:

—Buenos días, compañero.

—Buenos días, — contesté, y me volví á mirar al otro, que tenía los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, lleno de estupor, como el aldeano que ve por primera vez un juego de prestidigitación. Y después de un buen trecho, cuando bajó, miróme todavía.

\* \* \*

Sería curioso hacer un estudio acerca del socialismo en el tranvía, porque podrían describirse los malos encuentros que en él se tienen y los malos ratos que se pasan, ya que la *carrozza di tutti* es más burguesa, al cabo, que popular. Esta mañana

me encontré al lado, en la plataforma de la jardinería de la plaza del Castillo, á mi simpático amigo Guyot, el tragasocialista, que me echaba turibundas miradas en las cuales se advertía el evidente influjo del 1.º de Mayo. A no dudarlo, se preguntaba interiormente qué maldad iba yo á preparar para el día siguiente, imaginando, sin duda, que atravesaba Turín en todas direcciones para mejor poder evitar los odios de clase, y de fijo también que se preguntaba qué máquina infernal llevaba yo bajo el sobretodo, que abultaba un poco hacia la parte izquierda, bulto que miraba él de cuando en cuando. ¿Por qué no? ¿Cuatro años antes no habían hecho creer acaso en aquel mismo día á un concejal que yo había estado detenido por sostener correspondencia con Ravachol, y que éste era uno de los que primeramente habían firmado la petición para libertarme? Cuanto más miraba el misterioso bulto de mi sobretodo, más se obscurecía el semblante de Guyot. A buen seguro que en su imaginación creía que, cuando menos, aquel bulto era un paquete de proclamas incendiarias. Y véase lo que son las cosas. No eran sino las Confesiones de San Agustín que acababa de comprar. ¡Cosa extraña! pensó. Desear ardientemente el bien del prójimo, buscar la paz y el amor entre todos los hombres, tener de la sociedad el nuevo concepto que suprime las razones de odio que creen tener algunos contra el egoísmo de los afortunados, sentir horror por la violencia y la sangre, desdén por todas las injusticias, piedad por todos los dolores, sentirse atormentado por ese deseo del bien, hasta el punto de no gozar paz ni reposo... ¡y á causa de todo esto verse mirar con ojos

de aversión como si dentro de sí llevase uno cuanto de más triste y feroz puede concebir un ánimo malvado!... ¡Y pensar que el que os mira así es un hombre sensato y bueno, cuya mirada lo ve todo trastrocado por el solo hecho de que no comprende vuestras ideas, y que aquel hombre llegaría á ser vuestro amigo si le pudiéseis hablar durante una hora, que no llegará nunca, y que por eso mismo os odiará toda la vida! ¡Qué cosa tan horrible!

En tanto que pensaba esto, el tranvía paró en la plaza de Carlos Felipe para dejar libre paso á un batallón de *bersaglieri*, y Guyot dirigió hacia mí una mirada aguda, en la cual se leía su pensamiento:

— «¡Estos os aterrarán mañana! ¡Se comprende que les odieis!»

¡Ah, torpe! Y pensar que yo amaba á aquellos jóvenes tanto como él; no ya, como en un tiempo, por lo que eran en aquel período de su vida, sino por ellos mismos, por su familia, por su porvenir, por sus futuros hijos, con un amor que no procedía de ningún sentimiento de intereses de clase, sino purísimo y profundo, tanto, que me parecía tan augusto y noble como los mejores sentimientos antiguos! Así es que cuando bajó mi enemigo del tranvía y tomó la carrera Víctor Manuel, flanqueada por aquellas dos interminables guirnaldas verdes y cerrado al fondo por la gran mole de Rocciamelone, parecióme que mi espíritu volaba desde aquel baluarte enorme hacia la multitud desconocida, para llevar hasta ella la santa palabra de la fraternidad, y la esperanza divina de un porvenir sin odios y sin guerras. Confortado por aquel pensamiento, parecíame que el estruendo de la trompetería mar-

cial que sonaba hacia la parte opuesta de la carrera moría no en el espacio, sino en el tiempo, como una voz de lo pasado.

\*  
\*\*

Hay algunos que me preguntan por qué, durante el mes de abril, no he descrito la serie de conductores y cobradores que han desfilado ante mis ojos. Creen, los que tal me dicen, que todos esos tipos de que no he dado cuenta valen la pena de que se les describa, puesto que cada hombre es un libro. Culpa mía será; pero no puedo dar de ninguno de ellos sino el título. Había uno que fué maestro, hermano y voluntario de Garibaldi, una rara máscara acariaturada de Júpiter, con una gran cabeza blanca, tan grave y serio que sobre el tranvía parecía que estuviese sobre un carro triunfal y que repartiera los billetes como dones celestes. Es un antiguo cochero, un hombre tan gracioso, de raza enana, tan bufo de aspecto y de inteligencia, que hace soltar la carcajada á todos sus colegas con un pequeño gesto, con la menor palabra que dice á media voz y de la que ningún pasajero puede adivinar el significado. Ha sido cochero de una familia noble, nombra los amos y amas de todos los carruajes particulares que pasan con una sonrisa vagamente misteriosa con mezcla de familiaridad y altivez, como si fuera un patricio arruinado á quien la vista de cada uno de los carruajes recordara una amistad ó un amor de sus buenos tiempos.

Hay otro, un cobrador tétrico y taciturno, que tiene la extraña costumbre de ejercitarse en escri-

bir en caracteres diminutos y que dedica todos los momentos que tiene libres á esta tarea, de la cual enseña á los pasajeros, sin hablar una palabra, las muestras que compone, entre ellas tarjetas de visita que contienen unas patas de mosca ilegibles para todos los ojos humanos. Recorriendo las diversas líneas, topa uno con varios y repetidos ejemplares de Carlín, entusiasmados con la política, devoradores de diarios y de discursos, innumerables *Marqueses*, que cortan el billete como quien corta delicadamente el tallo de una flor, y con otros tantos *Tempestades* erizados que se muerden la cola desde la mañana hasta la noche. ¡Y qué colección tan preciosa y completa la de las mujeres de todos esos empleados! En las diversas líneas he conocido una variedad enorme de ellas: unas con pretensiones, como si fueran verdaderas señoras; otras, enamoradas de jóvenes, mujeres que alimentan á los hijos de sus maridos, rostros de víctimas resignadas, caras atrevidas y endiabladas que tienen el aspecto de aprovechar las horas de ausencia conyugal, mujercillas cuidadosas y amantes que al entregar el almuerzo al marido le hacen mil recomendaciones, que desde lejos miran cómo come, y que acechan la llegada del otro tranvía contando los minutos que pasan y los bocados que da su esposo. ¡Ah, cuán duras y tristes existencias he adivinado durante el curso de mis observaciones, cuántas buenas naturalezas han aparecido ante mis ojos, cuánta modesta virtud y cuánta hermosa y sana correspondencia de afectos!

Ayer mismo, en la línea de las afueras, al oscurecer, asistí á una escena encantadora. Iba en el tranvía un cobrador con el pelo y el bigote negro,

hermoso mozo de rostro un tanto melancólico y de agradable aspecto. Al parar en el Corso San Mauricio el tranvía, llegó por una de las calles laterales una mujercita joven y graciosa, descubierta la cabeza y con un chiquillo en brazos, la cual subió con gran prisa al coche, lanzando á su alrededor una mirada escrutadora, como si acudiese á una cita amorosa. El cobrador le cogió el chiquillo con gran rapidez, se sentó, lo puso sobre sus rodillas y empezó á acariciarlo y á besarlo como si quisiera saciarse de una vez, mientras la joven madre, sentada á un lado miraba con expresión de gran dulzura al padre y al hijo. Aquél levantaba de cuando en cuando la cabeza para enviarle una sonrisa en la cual se adivinaba el amor de esposo.

Había aprovechado la mujercita aquella ocasión en que el tranvía estaba vacío para llevar al marido la tierna criatura, y miraba con ojos ansiosos el poco trecho que le quedaba de viaje. A la primer parada bajó prestamente con el chiquillo en brazos y el niño miraba hacia su padre.

Este, reteniendo á su mujer por la mano, le dijo:—Hasta luego.

—¿A qué hora?—preguntó ella cuando ya el tranvía había echado á andar, mirándolo amorosamente como si presintiera la respuesta:

—Como de costumbre.

—¿A las once?

—A las once,—replicó el cobrador, saludando con la cabeza.

La mujercita suspiró y quedó un momento de pie en mitad del Corso, vueltos los ojos hacia el

*Carrozza.*—Tomo I.—11

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

carruaje que le apartaba de su esposo. Era en verdad un hermoso espectáculo el que presentaban aquellos dos hermosos jóvenes que se miraban á través del espacio, siempre creciente, vuelto él hacia ella y ella mostrándole desde lejos el muchacho. Aquellos pobrecillos les parecía larga una ausencia de cuatro horas, porque era su corazón el que señalaba los minutos, y el niño el lazo de unión entre los dos.

---

BIBLIOTECA PARTICULAR  
DE LA

*Srita. Felicitas Lozano*

PROFESORA DE CANTO.

## CAPÍTULO V

*Mayo*

Fué aquella una hermosa mañana, y tuve una conversación relacionada con la fecha del mes, en el tranvía de Vanchiglia. Sin duda alguna eran los interlocutores algunos de aquellos mismos que cuando el 1.º de Mayo presentaba un aspecto amenazador, decían:

—Celebren tranquilamente su fiesta los obreros, si quieren que sea respetada.

Cuando ya la fiesta fué pacífica se burlaban de reuniones privadas y de las giras campestres, atribuyendo aquella tranquilidad á temores vergonzosos. No hay gente más fastidiosa que los miedosos empedernidos, los cuales, cuando ya no tienen nada que temer, acusan á los que se lo han inspirado.